**LULA, la construcción del vacío y el ensayo populista en Brasil**

Diane Southier[[1]](#footnote-1)

En este texto, como un primer esbozo de pre-proyecto de tesis, propongo evaluar la posibilidad del uso de la teoría de la hegemonía de Gramsci, Laclau y Mouffe -que en un segundo momento se transforma en teoría del populismo en Laclau- para entender el fenómeno del así llamado *Lulismo* en Brasil. Se trata de una problemática todavía incipiente, aunque el tema ya esté relativamente bien definido.

El texto está estructurado de la siguiente forma: en el primer momento expongo rápidamente lo que es la teoría de la hegemonía, articulando a los tres autores citados, pero concentrándome en Laclau y Mouffe y, así, en lo que hoy es conocido como su teoría post-marxista del discurso. A continuación, presento la discusión de Laclau sobre el populismo. De tal forma, veremos cómo se amalgaman tres ejes: teoría de la hegemonía, del discurso y del populismo. A partir de ahí, hago algunas consideraciones sobre el fenómeno del lulismo o, más específicamente, del propio Lula, intentando articularlas al esquema teórico.

Por último, propongo una reflexión metodológica en líneas generales, con base en la teoría del discurso, señalando recorridos analíticos desde la especificidad de las nociones de discurso y práctica articulatoria, propuestas por la escuela post-marxista, a partir de lo que es posible pensar un análisis en tres niveles: material, lingüístico y simbólico.

\*\*\*

Laclau y Mouffe (L&M) se encuentran en el seno del movimiento intelectual que, emergiendo a partir de la década de 1960, se hizo conocido como post-estructuralismo, y se articulan con el psicoanálisis, la lingüística y la filosofía analítica, al mismo tiempo en que establecen un diálogo central con el pensamiento de Antonio Gramsci, principalmente su contribución en términos de teoría política con el concepto de hegemonía. Este concepto, junto con el arsenal teórico que lo acompaña, tanto en Gramsci como en L&M, es fundamental para entender cómo son interpretados por estos autores los movimientos políticos e históricos.

Laclau y Mouffe (2001 [1985]) se basan en Gramsci, principalmente, para trabajar con el concepto de hegemonía teniendo en cuenta el cambio de identidad que implican las articulaciones hegemónicas. Discuten cómo ese concepto fue originalmente elaborado en Rusia, en principios del siglo XX, para explicar el proceso por el cual la clase obrera de aquel país, ante un supuesto desarrollo tardío del capitalismo, podía asumir tareas que habían sido pensadas como originalmente pertenecientes a la burguesía, situación anómala al final llamada “hegemonía”. Con Lenin, continúan L&M, tal concepto se extiende a las condiciones generales de la política en el contexto de la era imperialista, presentándose como “alianza de clases” entre diversos grupos sociales liderados por la clase obrera. Esta alianza, sin embargo, era pensada como algo que no modificaba las identidades de los elementos involucrados en el proceso.

Cuando llegan a Gramsci, por otro lado, L&M se encuentran con una interpretación en la que los sujetos históricos dejan de ser sólo actores de clases para convertirse en “*voluntades colectivas*”, ya que la dimensión hegemónica pasa a ser considerada constitutiva de su subjetividad. Gramsci, dicen, es el punto más alto en la trayectoria de expansión de la lógica de la contingencia en el campo marxista, pues él subvierte la categoría de necesidad histórica, hasta un punto en el que el concepto de hegemonía mismo sirve para entender la unidad en una formación social concreta, o como los actores sociales llegan a unirse políticamente en torno a un liderazgo o “dirección intelectual y moral”.

En la conocida exposición del Cuaderno 13 de los escritos de la cárcel, sobre las relaciones de fuerzas políticas (GRAMSCI, 2000 [1932-1934], p.40-42), entendemos por Gramsci que el momento de la “hegemonía” es el que se construye un proyecto societario que congrega una “voluntad colectiva nacional popular”, con la que se supera el límite corporativo de la solidaridad intragrupo, y el grupo dominante se coordina a los intereses generales de los grupos subordinados. La hegemonía, aquí, es una relación compleja entre coerción, dirección moral, política y cultural, de manera a generar un consentimiento activo por parte de los grupos subordinados. En esa concepción, la clase se construye en el proceso mismo de constitución de la *voluntad colectiva: el verdadero sujeto revolucionario*.

El enfoque de Laclau y Mouffe, así como el de Gramsci, también privilegia el momento de la articulación política. La condición de una relación hegemónica, según ellos, es la de “una fuerza social *particular* que asume la representación de una *totalidad* que es radicalmente inconmensurable a ella. Tal forma de ‘universalidad hegemónica’”, dicen, “es la única universalidad que una comunidad política puede alcanzar” (LACLAU, MOUFFE, 2001, p.X). Para hablar de hegemonía, consideran elementos que no están predeterminados a participar de un tipo de arreglo u otro y que, aún así, se aglutinan como consecuencia de una práctica articulatoria. Entonces no hay ningún privilegio ontológico de un determinado grupo en asumir esa representación hegemónica: son las prácticas articulatorias que constituyen el conjunto, es una construcción puramente política.

Laclau y Mouffe, en ese sentido, pretenden romper definitivamente con el paradigma economicista, con la concepción esencialista de la estructuración del espacio económico, y defender que este campo no es un espacio autorregulado, sujeto a leyes endógenas, que no existe ningún principio constitutivo de los agentes sociales que se pueda fijar en un núcleo último de clase, pues la lógica de la hegemonía, articulatoria y contingente, se convierte en la propia identidad de los sujetos, incluso de los económicos. En todo caso, su interpretación es que el pensamiento gramsciano constituye sólo un momento en la deconstrucción del esencialismo marxista, y sienten que deben ir “más allá” de Gramsci.

Argumentan que el pensamiento gramsciano habría aún conservado rasgos esencialistas, pues la centralidad de la clase trabajadora sería histórica y contingente, ya que ella transforma su identidad al articularse a otras luchas y demandas sociales, pero ese papel articulatorio, dicen (L&M, 2015, p.134), parece ser atribuido a la clase por medio de la base económica y, por eso, tal centralidad adquiriría un carácter necesario. Es de esta idea que L&M desprenden que en Gramsci la economía como determinante último se hace todavía presente (aunque reconozcan que él trabaja con el concepto de “bloque histórico”, en el cual base y superestructura son pensadas en una conexión orgánica). Es decir, a pesar de Gramsci no afirmar explícitamente la determinación económica, según L&M, esto estaría implícito en su descripción de los procesos hegemónicos como articulados por las “clases fundamentales”, burguesía y proletariado.

Otra crítica central, vinculada a la primera, se refiere a que la idea de “guerra de posición [en Gramsci] *supone* la división del espacio social en dos campos”, a lo ellos responden que “la existencia de dos campos puede en algunos casos ser un *efecto* de la articulación hegemónica, pero no su condición a priori – pues, si fuera, el terreno en el que la articulación hegemónica operaría no sería él mismo un producto de esa articulación” (L&M, 2015, p.216-7). “Este es el punto en que la visión gramsciana se vuelve inaceptable”, dicen. “Preservaremos, así, de la visión gramsciana, la lógica de la articulación y la centralidad política de los efectos de frontera, pero eliminaremos la afirmación de un espacio político único como una estructura *necesaria* para la emergencia de esos fenómenos” (L&M, 2015, p.217).

En contra de esta interpretación, defiendo (SOUTHIER, en prensa) que Gramsci, en verdad, se esfuerza en trabajar con nociones que aquí llamo *conceptos-categorías articulatorios* (*bloque histórico*: estructura y superestructura; *estado integral*: sociedad civil y sociedad política; y, principalmente, *hegemonía*: coerción y coerción) los cuales, culminando con la *Filosofía de la praxis* (teoría y práctica, pensamiento y acción como unidades inseparables), expresan la intrínseca conexión existente entre las dimensiones comprendidas por tales conceptos. Se trata de un verdadero movimiento teórico, filosófico, didáctico y metodológico de Gramsci para pensar la realidad como un todo orgánico, en el que sus partes se distinguen sólo analíticamente (FROSINI, 2013). Por lo tanto, no se verifica en Gramsci ninguna determinación en última instancia por la economía y, en relación al supuesto “privilegio” de la articulación hegemónica por las “clases fundamentales”, se trataba de las posibilidades que él percibía en su contexto histórico, no de un privilegio ontológico. “La filosofía de la praxis”, dice Gramsci, “es el historicismo absoluto, la mundanización y terrenalidad absoluta del pensamiento, un humanismo absoluto de la historia” (1999, p.155).

De toda forma, el análisis sobre el corporativismo de clase como impedimento para la elaboración de proyectos hegemónicos, en los cuales los intereses del grupo dominante deben ser coordinados con intereses de otros grupos, dice mucho sobre la realidad política de nuestro tiempo, en la cual un grupo que se pretenda cerrado, que quiera mantener una identidad “pura”, difícilmente tendrá la chance de convertirse en una fuerza hegemónica. Esta es, nuevamente, la principal elaboración que L&M recuperan, a pesar de su crítica a Gramsci.

El concepto de articulación, una vez más, se reviste de particular importancia en Laclau y Mouffe (2001, p.105) que, al movilizarlo, consideran el carácter abierto e incompleto del social como la condición de toda práctica hegemónica. Definen articulación, pues, como “toda práctica que establece una relación tal entre elementos que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica”. La “totalidad estructurada resultante de la práctica articulatoria”, por fin, es lo que llaman *discurso*.

Una especificidad de este enfoque es que el discurso no se reduce a una combinación de habla y escritura, pues ambas forman parte de totalidades discursivas que incluyen tanto elementos lingüísticos como extralingüísticos. Este todo que consiste en lenguaje, acciones y objetos, llamado por Wittgenstein (2009) de “*language games*”, corresponde a lo que Laclau y Mouffe abordan como discurso o estructura discursiva. Por lo tanto, en primer lugar, el propio social es un espacio discursivo. En segundo lugar, la noción de discurso se refiere a los sistemas de relaciones que dan sentido a los objetos, al hecho de que toda configuración social es una *configuración significativa*. Todo acontecimiento o objeto físico sólo tiene significado dentro de un sistema de relaciones (LACLAU, MOUFFE, 1990; 2001; BURITY, 1997; LACLAU, 2011*a*). Cualquier similitud con la idea gramsciana de la filosofía de la praxis no es mera coincidencia.

En este abordaje del concepto de discurso, la noción de *antagonismo* también desempeña un papel central, pues la especificidad de una práctica articulatoria hegemónica se da en su confrontación con otra práctica articulatoria de carácter antagónico. En *Hegemonía y Estrategia Socialista*, L&M describen el antagonismo como el límite de la significación de un determinado discurso o identidad, limitados por la existencia de un corte antagónico. El antagonismo es el “límite de toda objetividad”, la imposibilidad de constitución plena de una identidad, discurso, o incluso de la “sociedad” como un objeto cerrado, transparente y sin conflictos. Por eso, toda forma de “consenso” es resultado de una articulación hegemónica que se desarrolla en el enfrentamiento entre prácticas articulatorias antagónicas: hegemonía envuelve un campo rodeado por antagonismos y supone fenómenos de equivalencia y efectos de frontera (LACLAU, MOUFFE, 2001).

Las fuerzas antagónicas y la inestabilidad entre ellas son discursivamente construidas por las lógicas de la *diferencia* y de la *equivalencia*. La primera se refiere a una expansión, a un aumento de la complejidad del espacio político, y la segunda es una simplificación de ese mismo espacio. La hegemonía, allí, es una operación discursiva que articula demandas diferenciadas en una red de equivalencias, o sea, constituye la universalización de un discurso y la fijación parcial de sentidos. La categoría está, pues, “inmersa en un contexto en que la noción de discurso es central” (MENDONÇA, 2007, p.250). En este sentido, la relación hegemónica es un intento de constitución de un orden y el discurso hegemónico esencialmente aglutina, sistematiza diferentes elementos, es una unidad de diferencias (MENDONÇA, 2007). La hegemonía es, por lo tanto, un tipo de relación política, no un lugar determinado en la topografía de lo social (LACLAU, MOUFFE, 2001), y el éxito de cualquier proyecto hegemónico se manifiesta en la capacidad de articular en una cadena de equivalencias varias luchas o demandas dispersas.

En una operación hegemónica, las identidades de las demandas articuladas y la de la demanda que ejerce el papel de representación, como ya sabemos, son constantemente modificadas. Tales elementos llegan a participar en una cadena de equivalencias articulándose en torno a un punto nodal, un sentido discursivo privilegiado, todo constituyendo un discurso. La articulación entre las identidades ocurre por medio de la negatividad proveniente de un *exterior constitutivo* que amenaza la existencia de tales identidades previamente desarticuladas. Es el corte antagónico, por lo tanto, un discurso “enemigo”, lo que constituye la posibilidad de la formación discursiva y de la representación de lo “universal” por un particular. La identidad que se convierte en la representante de la cadena equivalencial, al articular otros elementos, pasa a desvestirse de su contenido original, aunque sin jamás dejar de ser una particularidad, y se convierte en un *significante vacío* (LACLAU, 2011b; 2001), un punto nodal que retiene el desplazamiento de los significados de la formación discursiva y trabaja como punto de atracción de identidades hasta entonces dispersas.

\*\*\*

Hasta aquí, muy brevemente, pudimos entender algo del debate entre estos teóricos de la hegemonía, así como un poco de la epistemología de Laclau y Mouffe en términos de su teoría del discurso. En este momento, por lo tanto, estamos relativamente aptas a entrar en la discusión sobre el populismo.

Laclau (2006*a*; 2006*b*;2013) entiende que el populismo es una lógica propia (hegemónica) de construcción política, no un tipo específico de ideología y, por lo tanto, no se identifica sólo como la relación entre un líder y sus “seguidores”. Él enfatiza la importancia de la inversión afectiva en los símbolos de la construcción populista, de acuerdo con una orientación psicoanalítica, pero no asocia ese afecto a una irracionalidad, ni simplemente a los atributos carismáticos del líder. El populismo, ese momento, en última instancia, de la “cristalización” de un símbolo (palabras, imágenes) y del nombramiento de un líder, es, además, el resultado de la articulación de demandas sociales en un proceso con profundas raíces sociales.

El análisis que Laclau hace sobre el populismo, así, es la de una teoría general de la formación de *identidades colectivas*, “populares”, un análisis sobre la construcción política de esas identidades, proceso marcado por la centralidad de la idea de “*pueblo*”. El “pueblo” es una construcción discursiva y, como tal, no está vinculado a ideologías específicas, pudiendo ir del socialismo al fascismo, de orientaciones ideológicas a la izquierda así como a la derecha. Veamos cómo se da ese proceso.

Según el argumento de Laclau, una ruptura populista ocurre cuando un corte antagónico pasa a dividir el espacio social, cuando diversas demandas sociales insatisfechas se articulan contra el bloque de poder institucional, una vez que este haya perdido su legitimidad y su eficacia en absorber tales demandas institucionalmente. Recordando lo que ya vimos sobre la lógica de la diferencia y la de la equivalencia, tenemos la primera como una lógica institucionalista, por medio de la cual las demandas sociales son absorbidas y respondidas por el sistema. Imaginemos, por otra parte, una situación en que varias demandas sociales locales, relacionadas con la falta de una escuela, un puesto de salud, un transporte público eficiente, por ejemplo, se aglutinan en torno a esa falta de satisfacción administrativa en común. Comienza a operar, allí, la lógica de la equivalencia, cuando se establece una relación de solidaridad entre diversas demandas insatisfechas, que se vuelven reivindicaciones. Es posible, entonces, que esa pluralidad de demandas pase a ser traducida por símbolos en común y, en algún momento, sean interpeladas por líderes contra el sistema vigente, de donde se insurge el populismo.

Con la división simbólica de la sociedad en dos campos antagónicos[[2]](#footnote-2), el “pueblo” es algo menor que la totalidad de los miembros de la comunidad, es un componente parcial (la *plebs*, los desprivilegiados) que, aún así, pretende ser concebido como la única totalidad legítima (el *populus*, el cuerpo de todos los ciudadanos). En ese escenario, una de las demandas asume un papel contingente de representación hegemónica de las otras. Podemos hablar en populismo cuando el campo popular se consolida a partir de un proceso hegemónico de representación, que se da por la producción de *significantes vacíos*. El significante vacío es aquella demanda particular que, en un determinado momento, comienza a representar el discurso popular como un todo y asume la forma de una universalidad relativa. Como el populismo involucra la articulación de demandas muy heterogéneas, cuanto más amplia sea la cadena de equivalencias, más ocurre un vaciamiento de sentido del significante que, aunque nunca completo, es la condición para que ese significante opere la hegemonización del discurso popular. Es, por lo tanto, un significante *tendencialmente* vacío, como lo explica Laclau (2011*b*).

A ese vaciamiento corresponde una indeterminación de los símbolos populistas que no es equivalente a una debilidad o a un subdesarrollo ideológico, pues resulta del hecho de que la unificación populista proviene de un espacio que es en sí mismo muy heterogéneo y, por eso, el discurso populista *necesita* ser vago e impreciso, es su condición de existencia como proceso de lucha de una identidad popular extensa contra su enemigo. Por eso, el propio nombre[[3]](#footnote-3) del líder puede ser un significante vacío, en la medida en que sea capaz de ejercer esa tarea simbólica, de síntesis de la experiencia populista[[4]](#footnote-4).

La dimensión afectiva, ciertamente, desempeña un importante papel en ese proceso, pues la identidad hegemónica se convierte en el objeto de una inversión afectiva, en la medida en que representa una posibilidad de satisfacción de las demandas populares. Pero la centralidad del líder, según Laclau, no se explica por el común argumento de la “manipulación”, pues ese tipo de explicación no nos ayuda a entender la relación que se incluye bajo ese rótulo. Sería un “equívoco”, dice Laclau, “descartar los aspectos emocionales del populismo en nombre de una racionalidad que no se deja contaminar”, pues “cualquier todo social resulta de una indisociable articulación entre dimensiones significantes y afectivas” (LACLAU, 2013, p. 173-4).

En esta discusión, Laclau explica que lidiamos con un tipo de todo que no está compuesto sólo de partes, pero uno en el que una parte funciona como el todo (la *plebs* que se reivindica idéntica al *populus*). “Nada existe en la materialidad de las partes predeterminando que una u otra funcione como un todo. Sin embargo, una vez que cierta parte haya asumido semejante función, es su propia materialidad como parte que se convertirá en una fuente de goce”. Por lo tanto, “no existe populismo sin inversión afectiva en un objeto parcial” (LACLAU, 2013, p.178-9, 180).

Lo que constituiría una “pregunta legítima”, continúa Laclau (2006*a*, p.60-1), “es si existe una tensión entre el momento de la participación popular y el momento del líder”, si la prevalencia del segundo podría conducir a la limitación del segundo. A lo que él responde: “es verdad que todo populismo está expuesto a ese peligro, pero no hay ninguna ley de hierro que determine que sucumbir a él es el destino manifiesto del populismo”.

Laclau (2013, p.237-8) explica esta cuestión abordando el doble movimiento de la representación política, que va de la cadena equivalencial hacia el líder y de vuelta, generando una tensión entre el “momento totalizador”, que puede llegar a destruir al “pueblo” si se vuelve completamente autónomo, y las demandas articuladas que, si se autonomizan en exceso, también pueden acabar rompiendo la cadena equivalencial y hacer imposible el “momento de la totalización representativa”. Una vez más: algunos movimientos populistas pueden ser, sí, fascistas, autoritarios, pero la construcción de equivalencias y su unificación en torno a significantes vacíos es también una condición para la construcción de voluntades colectivas democráticas que se articulan contra sistemas inaptos a satisfacer las demandas sociales.

**\*\*\***

¿Cómo todo eso, entonces, nos ayuda a entender el fenómeno del lulismo en Brasil?

El surgimiento del *Partido dos Trabalhadores* (PT) parece representar un caso paradigmático de aglutinación de diferencias en una cadena equivalencial. La *vocación hegemónica* del partido estuvo presente desde su surgimiento, articulando a trabajadores, sindicalistas, católicos e incluso socialistas, trotskistas y ex guerrilleros (SECCO, 2011), al mismo tiempo que prácticamente abandonaba la idea de ruptura revolucionaria al lanzarse al escenario electoral, proponiendo el cambio del sistema “desde dentro”.

Del surgimiento del PT a la “cristalización” del movimiento en la figura de Lula, hasta el momento más sensible a partir de 2013 con el inicio de las grandes movilizaciones callejeras en Brasil, por ejemplo, se plantea una infinidad de cuestiones. Se trata de pensar cómo se construyó la cadena discursiva / de articulaciones del lulismo, y el papel del líder como aglutinador, cómo se construyeron fronteras políticas, si fue esto lo que sucedió, y qué tipo de vaciamiento de sentido fue procesado. Este vaciamiento parece haberse dado hasta el punto en que no fue posible constituir un pueblo, pues Lula se colocaba como un representante universal, y por eso mismo de rapidísima duración, ya que es imposible representar a todos y mantenerse en ese lugar sin trazar fronteras, admitiendo el antagonismo.

En ese sentido, ¿cómo habrá sido la operación hegemónica del PT y de Lula o qué tipo de constitución hegemónica se dio en torno a esos actores en las últimas décadas en Brasil?

Es interesante pensar qué tipo de vaciamiento de sentido fue la *Carta ao Povo Brasileiro*, por ejemplo, una manifestación que luego se estableció con el “*Lulinha paz e amor*”: el intento de un significante totalmente vacío, que no confronta a nadie y lleva la frontera a un lugar difícil de establecer. De ese modo, como tal espacio se extiende hasta prácticamente tener las características geográficas de Brasil, pretendiendo no dejar nadie afuera, se puede preguntar cómo se constituyó un pueblo, *si* se constituyó el pueblo. Lula intentaba no establecer fronteras, o ellas aparecían sólo abstractamente en palabras en defensa de los “pobres”. Él se decía el “padre del pueblo”, pero un padre bendecido por Roberto Marinho (*Rede Globo*) y acompañado por el rey de los oligarcas de Maranhão (José Sarney). Un vaciamiento a tal punto que lleva a su adversario (Fernando Collor), aquel que ayudó a establecer las fronteras en la elección de 1989, a subir en el “*palanque*” junto al propio Lula.

Del campesino al capital internacional, del MST (*Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra*) a los banqueros, del whisky a la cachaça, del traje Armani a remeras diversas y el jeans, amigo de Obama, Castro y Chávez – sería posible hacer un trabajo de análisis de imágenes de todas las remeras, sombreros, gorras y coronas de plumas indígenas que Lula ha usado intentando parecer representativo de todos los grupos.

Pero no sólo de imágenes ha vivido el líder. Trabajadores tuvieron sus sueldos aumentados, pobres ingresaron en universidades, bancos ganaron como nunca, el agro negocio estuvo a todo vapor: nadie perdió, dice Lula. Excepto fracción de la clase industrial, con la apertura a China. Pero incluso buena parte de ella salió ganando, con reducción de impuestos, etc.

Por lo tanto, la idea de investigación que aquí se plantea es la de abordar el populismo en los términos en que Laclau lo define, y entonces averiguar cómo sus conceptos pueden ser usados ​​para entender, a continuación, el lulismo. Al mismo tiempo, es interesante traer la discusión gramsciana sobre hegemonía, primero porque parte de la literatura en Brasil que trata del tema moviliza Gramsci y, segundo, porque ese autor es referencia del propio Laclau, como ya vimos, pero a veces utilizado de manera equívoca por el propio Laclau y por los intérpretes de la teoría del discurso.

Una serie de etapas de análisis, así, se presenta: de la fundación del PT como aglutinador de demandas populares, pasando por la “cristalización” del movimiento en la figura de Lula y su vaciamiento de sentido, hasta el momento más complejo a partir de 2013, por ejemplo, que culmina con el golpe de estado del *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff. Se puede hacer un trabajo de análisis de imágenes y discursos de Lula, del histórico de articulaciones del PT (dentro y fuera del partido, coaliciones electorales, por ejemplo), políticas de gobierno, etc., y desarrollar la idea / hipótesis de que el lulismo intentó expandir su cadena equivalencial, con lo que algunos llaman de *conciliación de clases*, hasta el punto en que, en la fuerte tensión generada dentro de la cadena, se rompen los lazos, aparentemente de forma definitiva, con el golpe de estado de 2016.

Chico de Oliveira (2010), desde una interpretación gramsciana, identificaba una “hegemonía lulista” que, al absorber de manera “transformista”[[5]](#footnote-5) tantas fuerzas antagónicas, habría desmovilizado los movimientos sociales y las clases subalternas, al mismo tiempo que transformaba la política en mera actividad de gabinete. A ese fenómeno en que parte de los “de abajo” llega al Estado y lo dirige con el programa de los “de arriba”, Oliveira llamó “hegemonía al revés [*às avessas*]”, paralelo que él encontraba, por ejemplo, en la Sudáfrica de Mandela.

Todavía en el marco del pensamiento gramsciano, Carlos Nelson Coutinho (2010), a su turno, entendía que el gobierno Lula habíase satisfecho con la “pequeña política”, afinada al neoliberalismo, en detrimento de la “gran política”. Es Gramsci (2000) quien hace esa distinción: la gran política trata de las estructuras políticas, de la fundación de Estados o transformaciones societarias a gran escala, mientras que la pequeña política actúa en el marco de las condiciones existentes, adaptándose a la política cotidiana, “administrativa”, del parlamento.

Ruy Braga y Álvaro Bianchi (2005), por otra parte, presentan una visión un poco más generosa del gobierno de Lula, caracterizándolo como una “revolución pasiva a la brasileña”, pues, incluso ante la ortodoxia rentista, la desmovilización de los sectores subalternos, en términos de consentimiento popular, demandaba algunas respuestas del gobierno a las reivindicaciones de los movimientos sociales. La revolución pasiva, en esta visión gramsciana, es una dialéctica entre conservación e innovación, o sea, entre la reacción de los “de arriba” y la incorporación de parte de las demandas de los “de abajo”. Ciertamente se trata de un fenómeno conservador, pero suficientemente dinámico para que haya cambios relativamente profundos (que pueden ser tanto progresistas como regresivos). El lulismo, por lo tanto, según Braga (2010), podría ser caracterizado como una especie de revolución pasiva, en función, por ejemplo, de las inversiones en educación superior y de la política de reserva de vagas en universidades públicas nacionales, de la creación del programa de transferencia de renta “*Bolsa Família*”, los reajuste del salario mínimo por arriba de la inflación, las inversiones en infraestructura, etc., todos avances muy pequeños, dice Braga, pero aún así suficientes para “alzar a Lula a la condición de incontestable líder popular” (BRAGA, 2010, p.12).

Hay todavía otros libros sobre el tema en la literatura brasileña reciente que requieren atención, los cuales se refieren específicamente al fenómeno aquí abordado como “lulismo”. Además, parece inicialmente interesante establecer un contacto con parte de la literatura brasileña más amplia sobre populismo (por ejemplo: IANNI, 1968; WEFFORT, 1978).

La tesis de Chico Oliveira, por ejemplo, de la hegemonía lulista como una “hegemonía al revés” parece ser particularmente importante de ser considerada. En principio, parece posible decir que hubo, de hecho, procesos hegemónicos en torno a Lula y el PT, pero hablar en hegemonía propiamente dicha – además de la que ya estaba / está constituida antes de ellos – parece un equívoco. Sería más adecuado hablar en un *ensayo populista*, como hace Rocha (2015), basándose en las consideraciones de Laclau, pues el fenómeno presenta diversas características propias del populismo, aunque no haya trazado fronteras políticas, condición que sería esencial para hablar en populismo en los términos de Laclau y, así, en hegemonía de hecho. Como Lula y el PT no establecen una frontera entre el campo, digamos, popular y sus “enemigos”, no llegan a una absorción del Estado y muy poco llegan a influenciar otras trincheras importantes de la sociedad civil, como, por ejemplo, los grandes medios de comunicación de masa, cuya concentración y poder de influencia demandaban (y aún demandan) un profundo trabajo de deconstrucción para que se vuelvan democráticos, “populares”.

En ese sentido, nos interesa la discusión de Fabio Frosini (2015; 2017) acerca del concepto de revolución pasiva, que él explica, en términos generales, como la estrategia específica de construcción y de manutención de la hegemonía burguesa, porque esta clase se ve siempre obligada a expandirse para absorber demandas, en función, por ejemplo, de la penetración social de su propio discurso (libertad e igualdad, como lemas histórico-políticos); y lo ha hecho, como sabemos, de manera muy exitosa, sin renunciar jamás al núcleo corporativo de clase. Incluso allí, sin embargo, depende del país y de las luchas que se hayan sucedido en cada lugar. En América Latina, por ejemplo, ese núcleo corporativo sería más duro, menos penetrante.

Podríamos relacionar esa interpretación de Frosini a la discusión gramsciana en Brasil, la que acabamos de ver, sobre la “revolución pasiva a la brasileña” en el gobierno de Lula (énfasis en cambios fuertes a la izquierda), pensando tal concepto, sin embargo, como lo explica Frosini: una estrategia política específicamente burguesa, desde su inicio. Porque en contraposición a eso, en teoría, tendríamos la revolución permanente, por ejemplo, como estrategia (contra) hegemónica de los grupos subalternos. Sólo que ese movimiento estuvo muy poco en nuestro horizonte. En ese sentido, entonces, tal vez podamos concordar más con Chico de Oliveira y la idea de la “hegemonía al revés”: “dominados” gobernando para los dominantes, exactamente dentro de la lógica de la revolución pasiva, que es en sí misma burguesa. Entonces, teóricamente podríamos hablar de hecho en una revolución pasiva, pero desde el punto de vista de la burguesía, no de los dominados: exactamente como se han sucedido tales procesos desde siempre.

\*\*\*

En esta sección propongo cuestiones metodológicas generales para la investigación sobre el tema en cuestión, basándome en lecturas de la teoría post-marxista del discurso (TD), así como en los enfoques de Howarth (2005), Glynos et al (2009) y Howarth y Stavrakakis (2000). Las reflexiones de estos autores se fundamentan en las premisas de la TD para desarrollar una perspectiva metodológica como *práctica articulatoria*. Tal perspectiva busca pensar las condiciones con las que sería posible reunir elementos teóricos y empíricos heterogéneos en una cadena explicativa coherente, resistiendo a la postura de simplemente combinar sin alteración elementos potencialmente inconmensurables. Para especificar la aplicación del concepto de práctica articulatoria en esa perspectiva, recordemos la definición del término.

Laclau y Mouffe utilizan la categoría de articulación para desarrollar una teoría política de la hegemonía sobre la unión de demandas sociales contingentes en proyectos políticos capaces de promover algún tipo de cambio social. La práctica articulatoria, allí, “establece una relación tal entre elementos que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica” (LACLAU, MOUFFE, 2001, p.105). De manera análoga, la aplicación de varias lógicas sociales y teóricas para explicar un problema particular implica una modificación de las lógicas y conceptos que se articulan en el proceso explicativo en cada instancia de investigación. Esto quiere decir que, en lugar de aplicar una teoría a un conjunto de objetos, se busca articular los conceptos teóricos en cada instancia de la investigación. Los conceptos y lógicas del marco teórico deben ser suficientemente abiertos y flexibles, despojados de connotaciones esencialistas, para que sean adaptados y transformados en el proceso de aplicación. Esta percepción se refiere también a la cuestión de los métodos y técnicas, cuya elección se da en gran medida por la forma en que el dominio empírico es problematizado.

Una investigación orientada por la noción de discurso, tal como lo definen Laclau y Mouffe, puede tener en cuenta tanto documentos textuales, entrevistas, prácticas sociales observadas de primera mano o ya documentadas, como imágenes, datos cuantitativos e incluso objetos y monumentos históricos. Un análisis adecuado, así, debe describir y analizar el conjunto de micro y macro prácticas -tanto lingüísticas como extralinguísticas- en las que el análisis textual, por ejemplo, constituye sólo uno de los componentes, necesitando ser suplementado con entrevistas o descripciones de prácticas de instituciones, reconstrucciones históricas de fenómenos basadas ​​en datos empíricos diversos, etc.

En ese punto es que podemos entender de qué forma la TD ofrece recursos teóricos para pensar un análisis en tres niveles: material, lingüístico y simbólico.

Es fácilmente comprensible que, al tratarse de análisis, ese proceso de descomposición de los elementos del “todo”, los tres niveles citados en verdad no se separan. Es necesario considerarlos, sin embargo, separadamente, en un primer momento, enfatizando más uno que el otro, si necesario, y luego volver a juntarlos para que haya una comprensión lo más completa posible del fenómeno en cuestión, teniendo en cuenta que su aprehensión total es imposible, porque además de los diversos enfoques y puntos de vista que pueden entrar en juego, la “realidad” misma es siempre opaca.

El nivel material, en primer lugar, se refiere a las condiciones de vida, propiamente materiales, de las personas, de una época, de una sociedad o de un contexto. Relaciones de trabajo, de intercambios materiales, de producción de la vida, por ejemplo, o económicas y monetarias.

El nivel lingüístico, a su vez, trata de todo lo que se relaciona con el lenguaje hablado o escrito: textos, discursos, entrevistas, narrativas. Una narrativa, sin embargo, puede implicar más que lenguaje escrito o hablado, incluyendo imágenes, por ejemplo. Muchos objetos de investigación no pueden ser observados de primera mano, sólo estudiados por medio de relatos que a menudo ocurren después de un largo período de tiempo en relación a los hechos narrados. Según Darnton (1986, p.107), toda narrativa “coloca la acción en una estructura referencial; supone un cierto repertorio de asociaciones y respuestas, por parte de su público, y proporciona una forma significativa a la materia de la experiencia”. En ese sentido, se puede percibir un “carácter fabricado” en toda narrativa que, sin embargo, dice Darnton, no nos debe desanimar en nuestra búsqueda por entender el significado de lo que se narra. “Por el contrario, tratando la narrativa como ficción, o invención significativa, podemos usarla para desarrollar una *explication de texte* etnológico” (DARNTON, 1986: 107), movilizando el nivel lingüístico en asociación con los otros niveles.

Con esto en mente, tenemos entonces el nivel simbólico designando todo aquello que expresa un simbolismo, que implica un nivel de abstracción en relación a algo que no es “concreto” o que no está bien evidente. Para ello, los más diversos recursos, cuando relacionados con aspectos culturales / significativos en un orden abstracto, pueden ser movilizados. Por medio de un simbolismo, es posible ver cómo las personas hacen su experiencia significativa, jugando con temas de su cultura (DARNTON, 1986). Una narrativa, por ejemplo, o un relato hablado o escrito, pertenecientes al nivel lingüístico, sólo pueden ser correctamente aprehendidos cuando contextualizados según las condiciones materiales y las representaciones culturales / simbólicas de su espacio y tiempo, pues quien escribe o habla moviliza elementos y significados de su cultura, partiendo de condiciones específicas de vida.

El concepto de discurso de la TD, por englobar desde el aspecto material, pasando por lo lingüístico e incluso por lo físico, hasta lo simbólico y gestual, cumple perfectamente la tarea de ese análisis en diversos niveles.

En lo que se refiere al lulismo, un fenómeno que lleva el nombre de una personalidad política, el nivel simbólico no puede ser despreciado y, posiblemente, tiene una importancia impar en relación a los demás. Vestuario, adornos, colores, palabras y objetos diversos: todo puede estar involucrado en *actos* simbólicos. En este sentido, hay una relación de retroalimentación entre símbolos y *prácticas*.

Todo lo que entra en la red de significación humana puede ser usado como símbolo cuando se invierte de sentidos o significados que se desplazan del uso cotidiano o del “objeto en sí”. Acerca de eso se constituye la posibilidad de politización casi absoluta de la vida, hasta el punto en que usar un simple sombrero de una manera u otra puede ser algo interpretado como signo de posicionamiento político y / o de distinción social.

Hay una relación intrínseca entre política y poder, y si la política está investida de símbolos (o si los símbolos están investidos de política), el ejercicio del poder también se vincula a los símbolos, al control sobre lo que está siendo simbolizado: rituales, himnos, blasones, banderas, todo lo que pueda simbolizar la legitimidad de gobernar, incluso la propia persona que gobierna. Por eso, cuando se quiere contestar a un gobierno, un modo muy eficaz de hacerlo es contestar sus símbolos e inventar otros que expresen un nuevo orden. Los símbolos que se van a estabilizar sólo el tiempo y la lucha política definen, y siempre de forma contingente. Los que se estabilizan pasan a formar parte de la memoria colectiva sobre los cambios históricos y políticos procesados ​​(HUNT, 2007).

Hannah Pitkin, en su libro *The Concept of representation* (1967, p.97-101), al abordar la representación simbólica, explica que la estabilización de símbolos depende de entrenamiento y hábitos. Es decir, *hay creencias porque hay prácticas* que alimentan las creencias y viceversa. La lucha constante por el establecimiento de símbolos atestigua su maleabilidad. Nuevas articulaciones de significados generan nueva simbología que, a su vez, genera nuevas prácticas.

Lynn Hunt, por ejemplo, comenta sobre cómo durante la Revolución Francesa y desde entonces “los más ordinarios objetos y costumbres se convirtieron en emblemas políticos y potenciales fuentes de conflicto político y social” (HUNT, 2007, p.77), pues “politizando lo cotidiano, la Revolución aumentó inmensamente los puntos de donde el poder podía ser ejercido y multiplicó las tácticas y estrategias para ejercerlo” (HUNT, 2007, p.81). Desde los aderezos y adornos al límite de la guerra, la vida se politiza.

Algo interesante en todo esto es que la inversión política en símbolos, además de la generación de conflictos, tiene el potencial también de atenuar esos mismos conflictos, y de ahí la importancia de la incorporación o exclusión de símbolos.

En las estrategias de Lula, que algunos llaman de conciliación de clases, pero que aquí propongo llamar de ensayo populista, ese elemento es muy presente. Del traje Armani a los cocares: Lula es prácticamente un maestro de la manipulación de símbolos. *Él* es el propio símbolo: del pueblo, del pobre, del trabajador, o, más recientemente, de la corrupción y del crimen – pues, obviamente, la simbología de su imagen personal está a disposición para ser movilizada y resignificada también por sus adversarios. Lo que un símbolo representa no es estático, porque está siempre sujeto a nuevas articulaciones de significados, que dependen de los conflictos existentes. Si Lula no pasa del ensayo al populismo propiamente dicho, otras personas establecerán las fronteras contra él. Y esto es exactamente lo que han hecho de manera aparentemente exitosa.

Todos estos aspectos, en ese largo *brainstorm* sobre el lulismo como tema de investigación -cuando, en un recorte empírico apropiado, se tengan adecuadamente en cuenta las condiciones materiales / económicas de Brasil en la era Lula, así como sus discursos, por ejemplo, a nivel lingüístico y sus imágenes a nivel simbólico- pueden resultar en un interesante trabajo de comprensión sobre cómo operó la red de articulaciones del hombre pobre que salió del “*sertão nordestino*”, se fue a São Paulo a trabajar como metalúrgico, fundó un partido, logró convertirse en Presidente de la República y cambió un país – para mejor o para peor, no importa: lo que interesa es su importancia en la política nacional brasileña reciente, cuya repercusión todavía veremos por muchos años.

**BIBLIOGRAFÍA**

BRAGA, Ruy. Apresentação. In: OLIVEIRA, F.; BRAGA, R.; RIZEK, C. (orgs.). *Hegemonia às avessas*: economia, política e cultura na era da servidão financeira. São Paulo: Boitempo, 2010.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. *A política do precariado*: do populismo à hegemonia lulista. São Paulo: Boitempo, 2012.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_; BIANCHI, Álvaro. Brazil: the Lula government and financial globalization. *Social Forces*, Chapel Hill, v. 83, n. 4, 2005, p.1745-62.

BURITY, Joanildo Albuquerque. Desconstrução, hegemonia e democracia: o pós-marxismo de Ernesto Laclau. In: GUEDES, Marco Aurélio. *Política e contemporaneidade no Brasil*. Recife: Bagaço, 1997.

COUTINHO, Carlos Nelson. A hegemonia da pequena política. In: OLIVEIRA, F.; BRAGA, R.; RIZEK, C. (orgs.). *Hegemonia às avessas*: economia, política e cultura na era da servidão financeira. São Paulo: Boitempo, 2010.

DARNTON, Robert. Os trabalhadores se revoltam: o grande massacre de gatos na Rua Saint-Severin. In: *O grande massacre de gatos e outros episódios da história cultural francesa*. Rio de Janeiro:Graal, 1986.

FROSINI, Fabio. “Hacia una teoría de la hegemonía”. In: MODONESI, Massimo (Coord). *Horizontes gramscianos*. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci. México DF: UNAM, 2013.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. *Time and Revolution in Gramsci’s “Prison Notebooks”*. PAST AND PRESENT. Philosophy, Politics, and History in the Thought of Gramsci. International Conference, King’s College, London, 18-19 June 2015.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_; BALSA, J.; LÓPEZ, E. *La política y el poder en el Estado de masas*: el analisis de Gramsci en los “Cuadernos de la cárcel”. Seminario de Doctorado: LESET-IdHCS, Doctorado en Ciencias Sociales, Doctorado en Sociología, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. 6-15 junio, 2017.

GLYNOS Jason; HOWARTH David; NORVAL Aletta; SPEED, Ewen. *Discourse analysis:* varieties and methods*.* National Centre for Research Methods, 2009. Disponível em: <http://eprints.ncrm.ac.uk/796/1/discourse\_analysis\_NCRM\_014.pdf>. Acesso: 15 jun. 2015.

GRAMSCI, Antonio. Caderno 11 (1932-1933). Introdução ao estudo da filosofia. In: *Cadernos do Cárcere*. V1. Trad. Carlos Nelson Coutinho. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1999.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. Caderno 13 (1932-1934). In: *Cadernos do cárcere*. Vol.3. Ed. e Trad. Carlos Nelson Coutinho. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2000.

HOWARTH, David. Aplicando la teoría del discurso: el método de la articulación. *Studia Politicæ*, Córdoba, n.05, otoño 2005. Disponível em:<http://bibdigital.uccor.edu.ar/ojs/index.php/Prueba2/article/view/585/659>. Acesso: 15 jun. 2015.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_; STAVRAKAKIS, Yannis. Introducing discourse theory and political analysis. In: HOWARTH, D.; NORVAL, A. J.; STAVRAKAKIS, Y. (orgs.) *Discourse theory and political analysis*: identities, hegemony and social changes. Manchester: Manchester University Press, 2000.

HUNT, Lynn. Formas simbólicas da prática política. In: *Política, cultura e classe na Revolução Francesa*. São Paulo: Cia das Letras, 2007.

IANNI, Octavio. *O colapso do populismo no Brasil*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1968.

LACLAU, Ernesto. Democracy and the question of power. *Constellations*, Blackwell Publishers, Oxford, Malden, vol. 8, n.1, 2001.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, n.29, ago. 2006*a*.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. Inclusão, exclusão e a construção de identidades. In: AMARAL JR., Aécio; BURITY, Joanildo Albuquerque. (orgs.). *Inclusão social identidade e diferença*: perspectivas pós-estruturalistas de análise social. São Paulo: Annablume, 2006*b*.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. Articulação e os limites da metáfora. Trad. Teresa Dias Carneiro. In: *Emancipação e diferença*. Rio de Janeiro: UERJ, 2011*a*.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. Por que os significantes vazios são importantes para a política? Trad. Maria de Lourdes Tura. In: *Emancipação e diferença*. Rio de Janeiro: UERJ, 2011*b*.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. *A razão populista*. Trad. Carlos Eugênio Marcondes Moura. São Paulo: Três Estrelas, 2013.

LACLAU, Ernesto; MOUFFE, Chantal. Posmarxismo sin pedido de disculpas. In: LACLAU, E. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1990.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. *Hegemony and socialist strategy*: towards a radical democratic politics. 2 ed. London/New York: Verso, 2001.

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_. *Hegemonia e estratégia socialista*: por uma política democrática radical. Rio de Janeiro: Intermeios, 2015.

MENDONÇA, Daniel de. A teoria da hegemonia de Ernesto Laclau e a análise política brasileira. *Ciências Sociais Unisinos*, São Leopoldo, vol. 43, n.003, setembro/dezembro 2007, pp. 249-258.

OLIVEIRA, Francisco de. Hegemonia às avessas. In: OLIVEIRA, F.; BRAGA, R.; RIZEK, C. (orgs.). *Hegemonia às avessas*: economia, política e cultura na era da servidão financeira. São Paulo: Boitempo, 2010.

PITKIN, Hannah Fenichel. *The concept of representation*. Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1967.

RICCI, Rudá. *Lulismo*: da era dos movimentos sociais à ascensão da nova classe média brasileira. Brasília: Fundação Astrojildo Pereira / Rio: Contraponto, 2013.

ROCHA, Camila. *O ensaio populista do lulismo*: do Nordeste à periferia de São Paulo. I Simpósio Pós-estruturalismo e Teoria Social – o legado transdisciplinar de Ernesto Laclau, UFPEL, 2015.

SECCO, Lincoln. *História do PT*. Cotia: Ateliê Editorial, 2015.

SINGER, André. *Os sentidos do lulismo*. Reforma gradual e pacto conservador. São Paulo: Companhia das Letras, 2012.

SOUTHIER, Diane. *Em defesa de Gramsci*: por uma leitura crítica de Laclau e Mouffe. No prelo (en prensa).

WEFFORT, Francisco. *O populismo na política brasileira*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1978.

WITTGENSTEIN, L. *Investigações filosóficas*. Trad. Marcos G. Montagnoli. 6ed. Petrópolis: Vozes, 2009.

1. Licenciada en Ciências Sociales, doutoranda en Sociología Política, Universidad Federal de Santa Catarina (UFSC), Florianópolis, Brasil. (email: diane.southier@gmail.com). [↑](#footnote-ref-1)
2. Aquí observamos cómo esta construcción teórica de Laclau es radicalmente dependiente de la concepción gramsciana de hegemonía. Es decir, lo que, en un primer momento, parece L&M como una debilidad teórica en Gramsci, es luego retomado por el propio Laclau en su elaboración sobre el populismo. Se excluye el supuesto privilegio clasista de articulación, pero se retiene, como punto central de la lógica populista / hegemónica, la división del espacio social en dos campos antagónicos, exactamente cómo piensa Gramsci en relación a la idea de guerra de posición. [↑](#footnote-ref-2)
3. Este nombramiento se da en el sentido antidescritivista de Saul Kripke (*apud* LACLAU, 2006*b*), de que los nombres no se refieren a las cosas por la mediación de las características descriptivas, ya que, en realidad, toda designación implica un “bautismo originario”, en el sentido de que aplicamos un nombre a un objeto sin que ese nombre implique ninguna característica descriptiva. Esta visión es complementada por la teoría psicoanalítica lacaniana (*apud* LACLAU, 2013, 2006*b*), la cual sostiene que “la unidad del objeto es simplemente una unidad retroactiva que resulta del proceso de nombrarlo, es decir, hay una serie de características heterogéneas cuya unidad sólo se garantiza por el nombre” (LACLAU, 2006*b*, p.27). [↑](#footnote-ref-3)
4. En una discusión más profunda del análisis de Laclau sobre el populismo, deberíamos hablar también del concepto de *significante flotante* (LACLAU, 2013, 2006*b*). El significante vacío, en primer lugar, se refiere a la construcción de una identidad popular y de una frontera estable entre los campos antagónicos y eso es lo que permite el establecimiento de las cadenas de equivalencia populares. Pero, en segundo lugar, no es razonable suponer que esa frontera se mantenga siempre estable, sin ningún cambio, pues los que están del otro lado de la frontera, los “enemigos”, van a intentar desestabilizarla, de modo que las demandas articuladas del lado popular acaban sufriendo una presión entre proyectos hegemónicos rivales, desde el momento en que el lado enemigo intenta absorber alguna de esas demandas hegemónicamente. De ahí surgen los significantes flotantes, cuyo sentido, dice Laclau, está suspendido. Este concepto, por lo tanto, intenta aprehender la lógica de los desplazamientos de la frontera entre los dos campos, una vez que construir un “pueblo” implica construir también la frontera presupuesta por ese “pueblo”, proceso, por supuesto, altamente simbólico. [↑](#footnote-ref-4)
5. El “transformismo”, de acuerdo con Gramsci, es el proceso por el cual los liderazgos de las clases subalternas son absorbidos por el *status quo*, desarticulando sus luchas. [↑](#footnote-ref-5)